

Ciudad de Bohane

Kevin Barry

Traducción de Javier Calvo

PREMIO
IMPAC

Rayo verde
editorial

Ciudad de Bohane
Colección Rayos globulares
(17)



La editorial agradece el apoyo financiero del Ireland Literature Exchange, con sede en Dublín (Irlanda), para la traducción de este libro.

www.irelandliterature.com · info@irelandliterature.com



Ireland Literature Exchange
Idirmhalartán Litríocht Éireann

Con el apoyo del Programa Creative Europe de la Unión Europea.



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Primera edición: febrero 2015

Título original: *City of Bohane*

© Kevin Barry 2011

First published in Great Britain in 2011 by Jonathan Cape.

Random House, 20 Vauxhall Bridge Road,

London SW1V 2SA

© de la traducción del inglés, Javier Calvo

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2015

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Ilustración de la cubierta: Oriol Tuca Vancells

Producción editorial: Marina Del Valle Blanco

Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1^o 7^a

08015 Barcelona

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

 [@Rayo_Verde](https://twitter.com/Rayo_Verde)

 [RayoVerdeEditorial](https://www.facebook.com/RayoVerdeEditorial)

ISBN ePub: 978-84-15539-88-9

BIC: FA

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Ciudad de Bohane

Kevin Barry

Traducción de Javier Calvo

Rayo verde
editorial

Para Olivia Smith

Índice

Primera parte. Octubre

La naturaleza del trastorno

El regreso del Gant

Un matrimonio

Asamblea en Las Lomas

Los suplicantes del Aliados

Reunión en el Gran Páramo

La Era Perdida: una historia romántica

De noche en el Páramo

Nena

En el dialecto del Barrio del Humo

La carta del Gant a Macu

¿Quién manda aquí?

Segunda parte. Diciembre

Las vistas desde el nido de Nena

Los 98 Escalones

Sopa de cangrejo negro

Lobato: sus lealtades

El día más corto

La luz que no se apaga nunca
Logan y Cabrón se reúnen con los gitanos de
las dunas
Interior de Beauvista
Contienda
La nota que Macu le dejó a Logan
El cuarto oscuro
22 de diciembre, 12:01 a. m., Autoridad de
Bohane

Tercera parte. Abril

Collage babilónico
La carga
La Asociación de Películas Antiguas e
Históricas de Bohane
Las vistas desde los cincuenta
La intriga del Barrio del Humo
El puño de la ley
Todos nuestros ayeres
Lobato quiere criar
Jenni Ching, superestrella
La sucesión
En el Bulevar del Río
El dilema de Macu
Habla un sueño
El amor del Niño
La carta de Logan a Macu
Madrugada en el local de Tommie

Cuarta parte. La noche de la Feria de Agosto

Atravesamos primero las verdes hondonadas
de junio

Primera parte
Octubre

La naturaleza del trastorno

Lo que nos pasa, nuestro problema, viene del río. No hay duda: esta peste a maldad que contamina el aire de la ciudad es una peste que viene del río. Estamos hablando del río Bohane. Una explosión maléfica de aguas pútridas que baja bramando de las ciénagas del Gran Páramo, que es lo que engendró la ciudad y le dio su nombre: la Ciudad de Bohane.

Caminaba por los muelles e inhalaba la dulce maldad del río. Ya era pasada la medianoche en el puerto de Bohane. Sus pisadas eran regulares, tenían un ritmo de cuero sobre piedra, tranquilo y lento, y las farolas del muelle encendían en plena noche una neblina verde, una luz de sueño triste. Para Hartnett el rugido del agua era el rugido de su propia sangre, y cuando pasó por los almacenes de mercancías, los perros guardianes iniciaron una secuencia de aullidos por todo el puerto. Mirad a los perros: los pelos del lomo erizados, los ojos amarillos y lívidos.

Sabíamos que se acercaba por los aullidos de los perros.

Los polis se quedaron mirándolo, de lejos: un par de polis montados que daban de beber a sus picazos en un abrevadero del Barrio del Humo. Recién salidos de la escena de un apuñalamiento.

—¿Lo ves?—dijo uno—. El cabrón del Albino.

—Pon en hora tu reloj con él —dijo el otro.

Albino era como lo llamaban algunos, otros lo conocían como el Capo: él dirigía el Cotarro de Hartnett.

Tomó un atajo desde el muelle y se adentró en el Dédalo, el infame Dédalo de Bohane, un laberinto de lo más maligno, una maraña impenetrable de calles. Hartnett tenía la típica pinta del Dédalo: arrogante, con un abrigo Crombie de lo más sofisticado, echado informalmente sobre los hombros de un traje Italianini de *mohair* gris claro. Su dentadura era un cementerio asaltado por vándalos, sí, pero todos cargamos con nuestras cruces. Marcaban el paso un par de botas portuguesas cosidas a mano, y lo que recalcaban, su énfasis, era su dinero.

Los había pelado bien, a los ricos; oh, menudas historias contábamos en Bohane, de Logan Hartnett.

Las húmedas plazas del Dédalo se abrían de golpe, como si boqueasen, y Logan las atravesaba. De madrugada había toda clase de tíos raros rondando por las entrañas del Dédalo. Cuando él pasaba, bajaban la vista y se examinaban las puntas de sus zapatos y sus petacas de oporto: nadie miraba al Capo a los ojos si podía evitarlo. Era extraño, pero estábamos orgullosos de él y al mismo tiempo le teníamos miedo. Se sabía llevar, como decimos en

Bohane. Era grácil, llevaba la espalda recta y nunca miraba ni a la izquierda ni a la derecha, sino siempre al frente, con los hombros echados hacia atrás, como si fuera un general. Caminaba por el laberinto árabe de callejones y recodos abruptos que componen el Dédalo y se oía el golpe, el vuelo, el golpe, el vuelo del cuero portugués en los adoquines de las callejuelas.

Y hay que reconocer que Logan estaba en su elemento cuando se adentraba en aquel laberinto. No tenía miedo de las sombras, conocía la fibra misma del lugar y hasta su último giro y deje.

Jenni Ching lo esperaba debajo del espino blanco de la Plaza de los 98.

Hartnett se acercó a la chica y con sus pasos bastó: ella no necesitó levantar la vista para reconocerlo. Él le dedicó una sonrisa de todos modos, irónica y cargada de sufrimiento, como diciendo: ¿Otra vez, Jenni? Y se sentó en el banco a su lado. Puso una mano sobre la de ella, que era minúscula, delicada y asesina.

El banco tenía años enteros de nombres de amantes grabados a navaja.

—¿Y bien, chiquilla? —le dijo.

—El capullo ese que han apuñalao en el Barrio del Humo era un Cusack de Las Lomas —dijo ella.

—¿Y se lo merecía, Jen?

—¿No se lo merecen siempre, los Cusack?

Logan hizo un fino mohín de aprobación.

—Los Cusack siempre han sido mala gente, chica.

Jenni cumplía diecisiete aquel año pero tenía una sabiduría impropia de su edad. También era precavida, y estaba potente con sus pantalones caídos, sus tacones de cuña y el pelo con mechas y recogido en un moño alto con forma de piña. Sacó la colilla de un puro barato del bolsillo de la teta de su chaqueta de vinilo blanco con cremallera y la encendió.

—Ya tengo bastantes líos yo montaos al otro lao del puente, H.

—Ya lo sé.

—Dentro de na' los Cusack se van a montar su venganza, ¿y sabes qué pienso? Que lo único que le falta al Barrio del Humo es esa panda de cabronazos bajando de Las Lomas pa' armar bulla.

—Los Cusack siempre han sido gente dispuesta a hablar, Jenni.

—Pos lo que me da miedo es que no sólo hablen, H. Me han contaó que hace poco le han puesto la marca de los Cusack a tres bloques de pisos del Norte y que los tres están llenos de chiflaos a los que les mola la bulla, ¿me pillas?

—Demasiado bien, Jenni.

Es una tradición muy respetada en Bohane que las familias de Las Lomas del Norte tengan sus topetazos con las familias del Dédalo. Logan gobernaba el Dédalo, era del Dédalo hasta la médula, y este año además detentaba el poder más feroz de toda la ciudad. Pero los Cusack estaban reuniendo fuerzas y huevos en Las Lomas.

—¿Pa' dónde movemos la pelota ahora, Logan?

Jenni era una chica astuta. Le venía de familia: los Ching eran de una vieja estirpe del Barrio del Humo. El Barrio del Humo era todo putas, hierba, locales para fetichistas, tugurios de grog, callejones de yonquis, salones de sueño y restaurantes chinos. Al Barrio del Humo se llegaba desde el Dédalo cogiendo el puente peatonal que cruzaba el río Bohane, y también estaba en manos del Cotarro de Hartnett. Pero los Cusack se estaban preparando para entrar.

—Pues diría que nos tenemos que mover muy deprisa contra ellos, pequeña Jenni.

—Porque bajarán igualmente, ¿no?

—Oh, de eso no hay duda, niña. Bajarán ladrando. Más nos vale obligarlos a que se muevan deprisa.

Ella reflexionó sobre la táctica.

—¿Antes de que estén preparaos para darnos por saco, dices? Machacarles el orgullo y tal. ¿Qué mensaje dará el Cotarro? ¿Os vais a vengar ojo por ojo, Cusack, o es que no tenéis cojones?

Logan sonrió.

—Eres una criatura excepcional, Jenni Ching. —Ella puso mala cara al oír el cumplido.

—Todo un detalle, H. 'Ta claro que los Cusack no nos tendrían que estar buscando las cosquillas, ¿t'enteras? Pero si son una panda de gamberros de Las Lomas y van de chulines y de valientes. ¿Y nos mandan mensajeros al

Barrio del Humo? Lo que tenemos que hacer es enterarnos por qué se han vuelto tan valientes de golpe.

—¿Eso qué quiere decir, Jenni?

—Quiere decir que huelen una debilidad. Que se creen que no prestas atención a los negocios del Cotarro.

—¿Y a qué otra cosa puedo estar prestando atención?

Jenni giró su fría mirada hacia él y él se la sostuvo.

—No soy yo quien tiene que decirlo, señor Hartnett.

Él se levantó del banco, sonriente. La mano de la chica no se había calentado ni una pizca en todo el rato en que él había tenido la suya encima.

—¿Quieres que vayamos a por más Cusack? —dijo ella.

Él le devolvió la mirada muy brevemente: la mirada fue su respuesta.

—¿Estás seguro, H? ¿Otro invierno de sangre en Bohane y tal?

Otra sonrisa, y ésta fue lo más gris posible.

—Así se nos pasarán volando las largas noches.

Logan Hartnett estaba decidido a mantener cerca a la chica. En una ciudad pequeña y tan homicida había que vigilar todos los frentes. Reanudó su travesía por la oscuridad del Dédalo. Las calles del viejo barrio son estrechas, mal iluminadas y tienen las paredes abruptas, y los altos riscos de la ciudad le dan al Dédalo un aire recogido. Nuestra ciudad está construida a lo largo de una serie de riscos que encajan el río Bohane casi como una garganta. Las calles bajan abruptamente hasta el río, una corriente negra y rápida que discurre al pie de casi todas

ellas, igual de negra que las aguas cenagosas que lo nutren, y un par de millas corriente abajo, el río rodea el último de los riscos y desemboca en el mar susurrante. Desde la ciudad no alcanza a verse el océano, pero sí que se oye en todo momento el rumor de ozono de su cercanía, un rechinar en el aire, como una ronquera. Y es todo tan deprimente como sólo puede serlo el oeste de Irlanda.

El jefe del Cotarro, Hartnett, eligió un callejón y dobló por él, echó un vistazo fugaz por encima del hombro — siempre tan prudente— y se metió en un portal. Pulsó tres veces un timbre metálico, esperó y lo pulsó dos veces más. Se fijó en una araña que bajaba haciendo rápel desde la parte superior del marco de la puerta y disfrutó de su descenso medido y por etapas, aunque ya estaba muy avanzado el año para aquel bicho, era octubre y la ciudad estaba ya de un humor parduzco. Hubo un movimiento apresurado al otro lado de la puerta, la tapa de la mirilla se retiró y la reemplazaron el círculo negro de una pupila y su pequeño sobresalto; el cerrojo hizo un ruido metálico, seguido de otro, y la puerta de metal rojo se deslizó con un chirrido —¡ñiiiiiii!— sobre sus guías. Tendrían que engrasarlas, pensó Logan, mientras aparecía Tommie el Barman: un tipo pequeñajo con pinta de nabo y pelo en pecho. Hizo una reverencia y susurró.

—Ya pensaba yo que sería usted, señor Hartnett. Ya era su hora, parece.

—Dicen que la rutina es vecina de la locura, Tommie.

—Dicen demasiadas cosas, señor Hartnett.

Hartnett encendió su pálida sonrisa para el Barman. Entró, tiró de la puerta con firmeza sobre sus guías hasta cerrarla tras de sí con otro ruido metálico —¡ñiiiiiiii!—, y los dos hombres se adentraron por un estrecho pasillo; sus paredes de color rojo vivo sudaban como paredes de discoteca, que era justamente lo que había sido antes el edificio, aunque ya llevaba mucho tiempo reconvertido.

Muy lejos quedaban los tiempos de las discotecas en Bohane.

—¿Y cómo está su señora, señor Hart?

—Está de maravilla, Tommie, ¿por qué no iba a estarlo?

La sonrisa del Albino se volvió repentinamente tensa y aterrorizó al Barman. También le invadió la duda.

—Era una pregunta na' más, señor Hart.

—Muchas gracias por tu interés, Tommie. Ya le diré que has preguntado por ella.

Extraño fue el velo que le descendió un momento sobre los ojos, y a continuación el pasillo se curvó, dobló un recodo y desembocó en un cuarto sumido en la penumbra y enturbiado por un murmullo de voces suaves y nocturnas.

Era el Mesón de Tommie.

El centro de reuniones del poder de Bohane.

Los márgenes de la sala estaban ocupados por banquetas de terciopelo rojo. En las banquetas había sentados unos tipos corpulentos de carrillos colgantes que le debían mucho a la poca iluminación de la sala. Se trataba de los comerciantes de la ciudad, tipos aficionados a la laca para el pelo, el licor fuerte y las grasas saturadas.

—Borrachos y puteros todos —dijo Logan, lo bastante alto como para que lo oyeran quienes quisieran.

Al otro lado del fino parquet había una elegante barra con barandilla metálica. Logan desfiló solemne hacia ella, y la obsesión por sacar brillo a los bloques del parquet francés del suelo se hizo evidente en la joroba de Tommie el Barman mientras se adelantaba a toda prisa y pasaba agachando la cabeza por debajo de la trampilla de su barra de bar. A continuación cogió su trapo y le sacó brillo apresuradamente al sector de la barra donde Logan se sentaba todas las noches.

—Le estás abriendo surcos, Tommie.

Logan extrajo los brazos de las mangas de su abrigo Crombie y lo colgó de una percha que había debajo de la barandilla de la barra. Quedó a la vista de todos el mango de su cuchillo —de madreperla con detalles turquesa—, remetido por dentro de su cinturón para que asomara un poco nada más, con la chaqueta levantada a la altura de la hoja para que se viera mejor. Alisó con la mano el *mohair* de su traje Italianini. Se quitó un hilo suelto. Se pasó distraídamente la punta del pulgar por el pómulo de súper estrella.

—Entonces, ¿has oído algo raro por ahí, Tommie?

El Barman experimentó un sobresalto evidente.

—¿Raro, señor H?

Logan sonrió fingiendo inocencia.

—Digo que si corre por ahí algún cotilleo, Tommie, ¿no?

—Ah, pues solamente lo de siempre, señor Hartnett.

—¿Eh?

—Pues quién va a por quién. Quién se va a cargar a quién. Quién se lo ha buscado y qué le pasará.

Logan se apoyó en la barra y bajó la voz una nota.

—¿Y alguna cosa de fuera, sobre el Gran Páramo, Tommie?

El Barman sabía muy bien de qué estaba hablando: la noticia ya corría.

—Supongo que habrá oído usted el rumor...

—¿A qué rumor te refieres, Tommie?

—Pues de cierta... persona a la que han visto por ahí.

—Di el nombre, Tommie.

—Es un rumor na' más, señor Hartnett.

—Dilo.

—Es un nombre na' más, señor Hartnett.

El Barman recorrió la sala con la mirada; tenía los nervios de punta.

—El Gant Broderick.

Logan se estremeció como una chiquilla para mostrar su burla y tamborileó con los dedos sobre la barra un redoble rápido de tambores.

—Primero los Cusack y ahora el Gant —dijo—. Debo de haberme portado como el culo en una vida anterior, ¿eh, Tom?

Tommie el Barman suspiró mientras sonreía.

—Quizás también en ésta, señor H.

—Oh, bravo, Tommie. Así me gusta.

El Barman se animó tanto como pudo.

—¿Le ha cogido a usted el canguelo, señor?

—Oh, ya lo creo que me ha cogido, Tommie.

El Barman colgó de su clavo el trapo de limpiar la barra. Soltó un triste intento de silbido despreocupado. Tommie no podía esconder en su cara la sensación que reinaba ahora mismo en la sala, los matices y tonos de las conversaciones que se arremolinaban en ella. Logan siempre lo usaba como barómetro del estado de ánimo de la ciudad. Bohane puede ser de lectura difícil. Tiene nombre de sitio aislado y contradictorio, y efectivamente, somos propensos a los ataques de rabia y de hilaridad, lo cual nos hace impredecibles. El Barman tamborileó nerviosamente en el parquet con las punteras, y le salió un ritmo desenfadado.

—¿Qué le quitaría a usted la preocupación, señor Hartnett?

Logan se lo pensó un momento. Dejó que su mirada ascendiera hasta el ventilador que giraba estoicamente en el techo, segando el humo azul de la sala.

—Tráeme una docena de ostras de las tuyas —le dijo—. Y un trago generoso de John Jameson.

El Barman asintió con la cabeza para mostrar su aprobación mientras se ponía manos a la obra.

—Pa' qué vamos a vivir en plan pobre, señor Hartnett.

—Sí, Tommie. Más nos vale elevarnos por encima de las bestias salvajes.

El regreso del Gant

Aquel chirrido recalentado y desafiante era el tren elevado de Bohane tomando la última curva hacia la calle De Valera. El tren elevado serpenteaba con la calle y las ventanillas de los vagones se fundían en un amarillo desvaído por la velocidad con la que bajaba lanzado en dirección al centro. La avenida estaba desierta en aquella madrugada sin brisa, y también reinaba el silencio en el vagón donde iba sentado el Gant. No había más que un par de furcias llorosas al otro lado del pasillo —norteñas, por el contorno felino de los pómulos— y un borracho con un mono grasiento de la Autoridad en la otra punta. El tren elevado siempre había sido bastante triste durante aquellas horas previas al amanecer, eso no había cambiado. Su chirrido era un aullido del alma. Como te cogiera tumbado en la cama, sintiéndote solo y sucumbiendo a pensamientos poéticos, aquel chirrido te atravesaba. Y resulta que en Bohane nos sentimos así bastante a menudo. No hay nadie más dado a los pensamientos poéticos que nosotros.

El Gant se quitó el sudor de la frente con el dorso de una manaza. Tenía dos manos como dos fregaderos. El sudor le había venido de golpe. Hacía calor en el tren elevado —sus viejos calefactores temblaban como tontos bajo los asientos de lamas— y las ráfagas calientes le provocaron también una sensación rara; el Gant llevaba unos meses con bastantes fiebres. Le subió a la garganta el fuerte sabor de la juventud robada junto con la quemazón rasposa de la náusea, y en la pálida madrugada del tren elevado el Gant se echó a temblar. Pero el tren seguía a toda velocidad dejando atrás las calles familiares, y el dolor de los recuerdos dio paso inesperadamente a la alegría —¡estaba de vuelta!—, por fin el Gant sonrió, extasiado, mientras inspiraba el aire húmedo, y se puso a escuchar a las furcias:

—¡Ay, pero cuánto lo quería yo a ese embustero ‘los cojones!

—Pero si era un hijoputa, tía, te lo juro de verdá —la consolaba la otra—. El cabrón iba tirándole la caña a toda la ciudad, ¿me oyes o qué? Se creía que eras una tonta'l culo.

Estaba de vuelta entre las voces de la ciudad, y fue su ritmo el que aminoró ahora la velocidad de sus pensamientos. Experimentó una extraña y feliz fatiga. Había venido del Gran Páramo cruzando la oscuridad de las ciénagas. Se había alegrado de coger el tren en Las Lomas y poner sus huesos a descansar. El Gant estaba viviendo

otra vez en el Páramo. El Gant estaba por fin de vuelta en la Ciudad de Bohane.

En la otra punta del vagón vio al empleado de la Autoridad articular algo triste en plena borrachera, probablemente un nombre de mujer —¿acaso una mujer de ojos verdes y perezosos, como el amor perdido del Gant?—, y la ciudad se desplegó, imagen a imagen, a medida que el tren elevado avanzaba chirriando por De Valera: una tienda con las persianas cerradas, el pedestal de un héroe de guerra, el anuncio de un remedio para la gota, una gaviota fantasmagórica sobre un poste de la luz.

La mañana se levantaba contra la luz tenue de las farolas, que justo empezaban a apagarse mientras el tren entraba chirriando en la terminal contigua a los muelles. El tren llegó a su andén —el impacto de goma de los topes de fin de vía quería decir que habías llegado al centro, que ya estabas en la misma Bohane—, y el fuerte olor a diésel del tren se propagó un momento antes de disiparse.

Dejó que las furcias y el borracho salieran antes que él. El Gant que se apeó era una figura entrada en carnes y de cara ruborizada, pero a sus grandes zancadas no les faltaba elegancia. Se movía con un agradable vaivén, ¿lo pilláis?. El Gant tenía el estilo de la vieja escuela.

El nombre oficial de la estación es Bohane Saint Francis Xavier, pero todo el mundo la llama el Salón Amarillo. El Gant olisqueó el aire maligno e imperecedero de la estación mientras la atravesaba. Aunque eran apenas las seis de la madrugada, el vestíbulo estaba lleno de vida cruda y su

vibración sonora se iba espesando. Los vendedores de nueces con miembros amputados anunciaban a graznidos el producto que vendían sobre unas trágicas mantas echadas sobre las baldosas rayadas del suelo, con sus muñones hábilmente expuestos. Por todas partes se oía el acento de Bohane: de consonantes ásperas y poco marcadas, de vocales cantarinas y empalagosas, a veces vagamente caribeño. Un viejo hostigaba un acordeón diatónico, subido a un cajón de naranjas puesto del revés, y cantaba una lamentación por su lejano amor de juventud. El cajón tenía estampada la palabra Tánger —ruta que seguía abierta— y el viejo tenía unos pulmones impresionantes, en opinión del Gant, a pesar de que claramente también tenía un pie en la tumba.

El Gant se tuvo que tragar un lagrimón: era un tipo grande pero blando, duro pero tierno.

Ya había llegado la edición de la mañana del *Bohane Vindicator*, pero el quiosquero todavía no había deshecho los fardos y se dedicaba a escuchar una fantasmal sonata que salía de un transistor inalámbrico: a aquella hora, en la Radio Libre de Bohane, al pinchadiscos le daba más por el rollo clásico, y con un toque melancólico. Mecía suavemente la cabeza, el quiosquero, cuando se sumaron los violines.

Oh, nos tendrían que dar medallas al sentimiento a los de esta punta de la Península.

El Gant se sumergió en el revuelo de caras que lo rodeaban. Caras, voces y movimientos: todas las señales le

llegaban con claridad. Le decían que volvía a estar en casa; le resultaba una sensación al mismo tiempo dolorosa y hermosa. La buscaba a ella en todas las mujeres con las que se cruzaba y en todas las muchachas. Le compró un paquete de pitillos a una señora de gran solera envuelta en un chubasquero verde: Annie, un clásico del lugar.

—¿Tres chelines con... dos peniques? —le dijo ella.

Se lo dijo en tono de pregunta, estaba claro, como si lo reconociera de la Era Muerta de antes de su ausencia.

—Quédate con el cambio, chata —le dijo.

Lo dijo con voz ronca y emocionada, y seguía teniendo un ligero deje de la península a pesar de los muchos años que había pasado fuera. Años de tristeza y años de sangre: aquel Gant tenía sus sufrimientos íntimos. Le vino una ráfaga de una canción de la Era Perdida y entonó la letra por lo bajo:

*«I was thinkin' today of that beaut-i-ful land,
That I'll see when the su-un goeth down...»*

Las furcias que habían llorado en el tren ahora caminaban cruzando el vestíbulo por delante de él. Habían recobrado la compostura. Mientras caminaban se pintaban valentía en la cara con el espejo de mano. Sabía que las furcias iban al Barrio del Humo, a por los clientes de la mañana. El Gant miró cómo atravesaban el Salón Amarillo. Mirad: el rápido contoneo de sus nalgas huesudas bajo la tela de seda de sus minifaldas de animadora, y sus gemelos torneados por haber pasado la mitad de sus cortas vidas en tacones de

quince centímetros. La imagen de las chicas lo puso sentimental. De joven él había tenido establos llenos de putas a su cargo. Hubo un tiempo en el que el Gant controlaba el Barrio del Humo; hubo un tiempo en el que controlaba la ciudad entera.

Y se decía en Bohane que el Gant la había controlado limpiamente.

Se paró a tomar una tacita de café alquitranoso junto al soportal principal del Salón Amarillo. Se lo sirvió con pericia un enano desde la parte de atrás de un tenderete de café con licencia. El Gant miró absorto cómo el enano prensaba el café molido, encajaba a rosca una dosis en la vieja Gaggia y acercaba un vasito blanco para recoger el chorro. El enano también le resultaba familiar: frente pequeña y aplastada, nariz de boxeador y labios extrañamente sensuales. El Gant habría jurado que era el padre de aquel mismo enano quien había tenido antes la licencia del tenderete metalizado. En Bohane las generaciones se pasan el testigo. Se bebió el café de un trago y se estremeció. Le dio las gracias al enano, le pagó y dejó que el regusto amargo del café le arqueara las cejas mientras contemplaba el inicio de aquella mañana de octubre. Las gaviotas enloquecían sobre los adoquines del muelle.

Aquellas gaviotas nunca habían estado muy cuerdas. Se comentaba a menudo. La locura en estado puro de sus ojos y la maldad intraducible con que graznaban mientras se lanzaban en picado sobre las calles... Las gaviotas de

Bohane eran una panda de cabronas ignorantes. Las había echado terriblemente de menos. Se echó a reír en voz alta y hasta con lágrimas mientras las ráfagas del aire matinal arrastraban a las aves por el cielo, y sin embargo no atrajo ni una sola mirada; estaba claro que aun a plena luz del día el Salón Amarillo debía de estar infestado de zumbados.

El Gant se dirigió hacia la pasarela del Barrio del Humo. Se sacó un papel del bolsillo y lo abrió. Leyó una letra que no había cambiado con los años —los mismos caracteres grandes, infantiles y nerviosos— cuyos garabatos formaban las siguientes palabras:

Cafetería Buen Ho Pee Ching

El Gant había quedado con una chavalita en aquel lugar. Era un buen momento para aquella reunión: se podría perder entre la multitud. Sabía que a aquella hora el Barrio del Humo estaría atestado. Era la hora a la que salían los últimos turnos de los mataderos y las fábricas de cerveza. Bohane fabrica salchichas y Bohane fabrica cerveza. Al fin y al cabo existimos en los cincuenta y muchos grados de latitud norte, los inviernos son feroces y necesitamos ese fuego interior que viene de una dieta cárnica y de bebida abundante. Las fábricas funcionaban veinticuatro horas al día y después del turno de noche era costumbre poner rumbo al Barrio del Humo para un rato de juerga. En la neblina del amanecer, los chavales de la fábrica de cerveza tenían los ojos soñadores por los vapores del lúpulo, mientras que los muchachos de los mataderos llevaban la noche entera hundidos hasta los sobacos en carcasas de

bestias, llenando los furgones para abastecer las losas de los carniceros del mercado de los soportales del Dédalo, y ahora los furgones se alejaban rodando por los adoquines grasientos con una carga sangrienta:

Cabezas desolladas de ovejas, cuartos traseros de cerdo carnosos y surcados de venas, bandejas relucientes de hígados y bazos, carne de falda y riñones, pulmones y lenguas... carnívoros hasta el paroxismo, en Bohane nos lo comíamos absolutamente todo.

El Gant encogió los anchos hombros para resguardarse del frío matinal. En el aire resonaban en tono grave los mugidos de las bestias condenadas; los mataderos se despliegan a lo largo de los muelles. El Gant esquivó una alcantarilla por la que discurría un torrente de sangre fresca.

¿Cómo podía alguien albergar pensamientos civilizados en una ciudad así?

Mantuvo la cabeza gacha mientras caminaba. Iba a intentar no idealizar el lugar; tenía trabajo que hacer. La suya era una cara donde la edad desaparecía tan a menudo como emergía. A veces se le veía el muchacho que llevaba dentro, mientras que otras veces podía parecer muy viejo. Los humores del Gant estaban a punto de ebullición; siempre parecía a punto para que lo sangraran con sanguijuelas. Él los mantenía vigilados. Llevaba encima una petaca de oporto. Le desenroscó el tapón y dio un trago para recuperar el vigor: era medicinal. El Gant tenía sangre gitana, por supuesto; hasta el nombre era un antiguo apodo

gitano, pero en la ciudad la mayoría tenemos algo de sangre gitana. Mirad la pinta que tenemos: los hombros un poco caídos, la beligerancia de nuestros andares, el tono castaño ahumado de nuestros ojos; no teníamos precisamente madera de oficiales. Por supuesto, si contabas en números gitanos, el Gant tenía unos huesos de lo más añejo. Tenía cincuenta años y ni uno menos.

Y sin embargo, a trompicones, la vida continuaba.

Todos aquellos muchachos rubicundos se dirigían a la pasarela en parejas risueñas y tríos alegres. Los caballeros de Bohane tienden a ser menudos y culones: los típicos hombres difíciles de derribar. El Barrio del Humo es su sórdido paraíso. Y hasta existe una expresión que usamos aquí para describir a alguien en plena decadencia moral:

Es un tipo que va directo a la pasarela del Barrio del Humo.

Se trata de un puente jorobado hecho de piedra caliza del Gran Páramo. El Gant lo tomó, coronó su punto más elevado, por encima del río negro, de la corriente nauseabunda del Bohane, y descendió hasta el Barrio del Humo. Cada uno de nuestros distritos tiene una atmósfera distintiva, una melodía característica, y ahora él sintió el vuelco en el estómago, el desvanecimiento del alma, la nota desafinada, que siempre acompaña a la entrada en ese barrio.

El Barrio del Humo desplegaba sin vergüenza sus tugurios de grog, sus puestos de fideos y sus salones de masajes. Sus fétidos bares ilegales y sus locales fetichistas.

Sus casetas de feria, sus lupanares y sus casas de apuestas. Todos apelotonados en sus calles llenas de barracones. Las viejas chimeneas destartaladas se apiñaban con felicidad demente contra el cielo matinal. Las calles iluminadas por la primera luz del día estaban atestadas de caras familiares. El Gant tuvo la sensación instantánea de que nunca se había ido de allí. Tal vez todavía podría tener algo que decir en los tejemanejes del lugar. Tal vez la chica Ching lo podría instruir.

El Gant echó un vistazo rápido por encima del hombro — dada su situación, se guiaba por las intuiciones— y acertó a ver que le seguía los pasos el empleado de la Autoridad al que había visto en el tren elevado, y que al parecer ya no estaba borracho. Eso quería decir que ya estaban siguiendo sus movimientos; el Gant se rió a sí mismo por haberse dejado cazar así. ¡Menuda inocencia! Pese a todo, era casi un alivio que lo siguieran. Quería decir que su nombre todavía significaba algo. Hizo una pausa por el camino y se apoyó en la pared de un tugurio de grog. Vio que el empleado de la Autoridad se detenía también y se ponía a mirar con aire despreocupado una pila de postales mugrientas.

Para despistarlo, el Gant entró en una casa de putas y lo recibió la más familiar de las fragancias del Barrio del Humo: esa clásica mezcla de unguento para sarpullidos, marihuana del Gran Páramo y colonia de dos peniques.

Le pagó la tasa a una *madame* ceñuda y subió a los reservados del piso de arriba, donde pasó un rato sobre la